

Respuesta a una carta abierta

Sr. D. Francisco Hernández Sanz

Correspondiente de la R. A. de la Historia

Mi distinguido amigo y compañero: Sólo dos líneas para agradecerle la atención que me ha guardado al dirigirme su carta abierta de Enero último, que aparece en la REVISTA DE MENORCA, (número de Febrero del año actual). Quedo muy reconocido a las frases de elogio de mi trabajo sobre la pérdida de esta Isla en 1798, desde luego más benévolas que merecidas, y, sobre todo, a que haya tratado de contribuir al esclarecimiento de los hechos que dieron por resultado aquel desastre. Precisamente era mi propósito, al escribir la obra aludida, sacar tales sucesos de la obscuridad, para enjuiciarlos ante el tribunal de la Historia.

Como V. ha podido advertir, los documentos que acompañan a su carta, más que en el relato de los hechos, discrepan en el juicio que formulan, sobre las responsabilidades contraídas en los mismos, de la opinión predominante en los que han servido de base a mi obra. La explicación que V. da en la propia carta de los motivos que pudieran originar la manifiesta parcialidad del autor de tales documentos en favor del Mariscal suizo, es un nuevo fundamento *a contrario sensu* de las afirmaciones sentadas en mi trabajo, con tanto mayor motivo si, como V. supone, el anónimo escritor, aparte de su amistad con el Mariscal citado, era persona profana en el arte de la guerra.

La innegable curiosidad de los documentos justifica su publicación y comentarios que evitarán, sin duda, en lo sucesivo torcidas interpretaciones.

Al dirigir a V. mi expresión de gratitud le reitera el testimonio de su amistad y compañerismo su afmo. S. S.

q. e. s. m.

José Cotrina

Mahón, Marzo 1922.

Benito Pons y Fábregues

(* 1853 — † 1922)

EL telégrafo, con su laconismo, nos anuncia el fatal desenlace de la larga dolencia sufrida, con verdadera resignación, por nuestro ilustre compatriota el Ilmo. Sr. don Benito Pons y Fábregues, noticia que aunque ya presentida no ha dejado de ser para nosotros menos dolorosa.

Una vida consagrada al arte y a la historia, una acrisolada honradez, una laboriosidad a toda prueba fueron las características del cariñoso amigo que acabamos de perder.

Pons y Fábregues nació, el día 10 de Diciembre de 1853 en Palma de Mallorca, si bien siempre por mahonés le tuvimos y por mahonés se tuvo. Veamos las razones en que nos fundamos y en las que él se fundaba para hacer semejante afirmación. Decía Pons y Fábregues en carta dirigida al autor de estas líneas: «Repítome yo y cuantos de mí en bien o en mal se ocupan por *Mahonés*: allí fuí criado, allí pasé la niñez y la infancia, allí dí los primeros pasos, allí tengo mi familia y mis amigos de la edad juvenil, aunque nacido materialmente en Palma, en la calle de S. Francisco n.º 19, en casa de mis abuelos maternos don Jaime Fábregues y doña Teodora Santander.»

«Cursaba mi padre la carrera de abogado en la Universidad Literaria de Mallorca y conoció a mi madre, Mariana Fábregues y Santander. (El se llamaba, como yo, Benito Pons y Fábregues). Casáronse, y cuando mi madre veía próximo un alumbramiento pasaba desde Mahón, donde residían mis padres, a Palma para pasar el trance junto a su madre, mi santa abuela: por esto mis hermanas

y yo nacimos todos en Palma, mientras vivió la abuela. Pero en cuanto mi madre estaba en estado de regresar junto a su esposo, a los pocos días de parida volvía a Mahón.»

«De modo que como circunstancia incidental, casi antes de abrir los ojos, pero ciertamente antes de conocer el medio que nos rodeaba, todos regresábamos a Mahón, y allí se formaba nuestro corazón, nuestros afectos, nuestra inteligencia, nuestro carácter.»

Aquí cursó la primera enseñanza en el «Colegio Mahonés», que dirigía don José Hospitaler y Cavaller, y en esta misma ciudad estudió el Bachillerato, saliendo luego para Barcelona en donde siguió, con gran lucimiento, la carrera de Abogado. Más tarde tomó el título de Archivero Bibliotecario y Arqueólogo en la Escuela de Diplomática.

Contaba quince años de edad cuando, en unión de algunos de sus condiscípulos del Instituto fundó el primer Ateneo menorquin en la calle del Carmen, en una casa situada frente a la que perteneció a la familia Seguí (hoy residencia de los Hermanos de la Doctrina Cristiana) inaugurándose a principios de 1869, con el nombre de *Ateneo de la Juventud*. «Adquirió, dice el mismo Pons y Fábregues en una de sus cartas, mayor desarrollo de lo que creíamos y le cambiamos el nombre por el de *Ateneo Menorquín*, del que fué presidente Antonio Blanch; inauguramos el nuevo local en la casa adosada a la de don Teodoro Ladico, frente a las factorías militares (casa Valls). No recuerdo el nombre de la calle (Santa Ana) que es la paralela al Paseo de la Miranda. Celebramos algunas fiestas literarias y organizamos clases gratuitas, especialmente de idiomas. De allí pasamos a una casa que era del médico señor Hernández Mercadal, a mano derecha entrando por la calle de las Moreras (Dr. Orfila) a la del Teatro (Bastión). Allí nos daba clase de botánica el inolvidable D. Juan J. Rodríguez.»

«Tuve que ausentarme y conmigo los más entusiastas amantes de aquel Ateneo, para seguir las carreras universitarias, y languideció y murió aquella institución, sin que haya sabido el paradero de muchos libros que en su biblioteca tenía yo depositados para su fomento y que de seguro habrán parado en algún baratillo, o corren por ahí con el ex libris manuscrito de mi padre.»

Terminada su carrera decidió establecerse y abrir su bufete en la Capital de la Provincia. Sus vastos conocimientos, especializados en arqueología, numismática, escultura y en trabajos históricos, especialmente, a los que dedicó gran actividad, le hicieron acreedor a los títulos de Correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, de Socio numerario de la de Bellas Artes de Palma y de Cronista de la Universidad y Reino de Mallorca, logrando últimamente ser recompensada su labor por el Gobierno de la Nación con el de Delegado Regio de Bellas Artes en la Provincia de Baleares.

En 1909 el Excelentísimo Ayuntamiento de Palma le nombró su Secretario.

Larga es la lista de los trabajos literarios publicados por Pons y Fábregues en libros, folletos y revistas. De momento recordamos los siguientes:

- I. «Colección de documentos referentes al Reino de Mallorca», con la colaboración de varios arqueólogos y literarios, apareciendo los dos primeros repartos del primer tomo en Palma de Mallorca en 1898.
- II. «La Bandera de la Ciudad de Mallorca.—Fiesta de la Senyera».—Palma de Mallorca.—1907.
- III. «Los Capuchinos, fundación de esta orden en Mallorca.—Sus monasterios.—Propiedad de sus edificios».—Palma de Mallorca.—1910.
- IV. «La carta de franquesa del Rei En Jaume I constituent el Regne de Mallorca.—Estudi crític presentat al primer Congrés d'Historia de la Corona d'Aragó».—Palma de Mallorca.—1917.

- V. «El Dret Foral i l' Autonomía a Mallorca».—Conferencia donada el dia 19 de Janer de 1919 a la Sala d' actes del Orfeó Mallorquí.—Palma de Mallorca.—1919.
- VI. y VII. «Guia de la Administración municipal de Palma, Capital de Baleares, para el bienio 1918-1919 y para el bienio 1920-1921.

Dirigió la revista mensual de Bibliología, Historia y Literatura «Los Libros», editada en Palma de Mallorca, en donde publicó notabilísimos trabajos entre los que merecen especial mención «Interpretación de algunas fórmulas de estilo usadas en Mallorca» y una detallada biografía de «Bartolomé Maura y Muntaner.»

Sus estudios sobre el periodismo en Mallorca le valieron ser premiado en público certamen.

A su gran cultura unía una gran facilidad para el cultivo de las artes plásticas, siendo notabilísimos los trabajos en barro que modeló, como también las letras miniadas con que ornamentó pergaminos y diplomas.

El nombre de Pons y Fábregues va íntimamente enlazado al movimiento cultural desarrollado en estas Islas, y especialmente en Mallorca, durante los últimos cuarenta años.

Son numerosas las comisiones de carácter técnico que se le encomendaron; a él acudieron cuantos quisieron ocuparse de las Baleares, en busca de datos y consejos, en la seguridad de verse atendidos siempre, dado su bondadoso carácter, su natural complacencia, su indiscutible erudición, su prodigiosa memoria. En 1905, fué designado por los iniciadores del primer Congreso Histórico de la Corona de Aragón para enterar del proyecto e invitar a los regnícolas de las Balearcs, aficionados a nuestra historia y a nuestras antigüedades; el mismo año fué nombrado Miembro de Honor de la Exposición de trabajos de la mujer celebrada en Marsella en 1906; más tarde recibió el encargo del celebrado literato francés, el Barón de Maricourt, de facilitarle datos sobre la estancia en Mahón de la Duquesa Adelaida de Penthievre, de Orleans, madre del que fué rey

de Francia Luís Felipe, refugiada aquí durante el reinado de Napoleón I, datos que hube de comunicarle muy gustoso; y tuvo que llevar, como Vice-Presidente, todo el peso de los trabajos anejos a la Exposición de Pediatría celebrada en Palma en 1914.

Para Mahón, y especialmente para este Ateneo, sintió siempre grandísimo afecto, afecto que se traducía en constantes envíos de curiosos papeles y diversos objetos que pudieran ser de interés para la historia local.

Una larga dolencia, que le tenía alejado de su cargo hacía algunos meses, le ha llevado al sepulcro precisamente cuando una mejoría iniciada en los últimos días había hecho abrigar esperanzas respecto a su restablecimiento, muriendo en la tarde del día 23 a los sesenta y ocho años de su edad.

La triste noticia se esparció rápidamente por la ciudad, en donde gozaba de generales simpatías. El Ayuntamiento de Palma, en sesión celebrada el día 26 y a propuesta del Alcalde señor Fons, acordó, por unanimidad, asociarse al duelo de la familia y, después de haberle hecho las merecidas exequias, levantar la sesión en señal de luto.

Una larga correspondencia, no interrumpida, cruzada entre nosotros por espacio de cerca de treinta años afianzó más y más nuestra buena y sincera amistad, nacida al calor de nuestras mútuas aficiones.

Comprendemos que la personalidad del finado exigía una más larga noticia biográfica. No podemos substraernos, sin embargo, a la idea de tributar al amigo llorado, cuanto antes, este justo homenaje, si bien resulte deslabezado e imperfecto.

Séanos todo ello perdonado en atención a la veneración que en vida le profesamos y a la buena memoria que hemos de guardar del compañero

F. Hernández Sanz

Mahón 28 de Febrero de 1922.

**Relación del deplorable estado de la Isla de Menorca
y de las muchas injurias inferidas a sus habitantes
bajo el mando del Teniente-Gobernador Johnston**

1766

(Traducción del inglés por D. JOSÉ VERDUGO GARCÍA)

(CONCLUSIÓN)

Mr. Johnston actuó de la misma manera sobre el derecho de anclage establecido, también, por el Gobernador Kane sobre los buques extranjeros, con el fin de edificar un Lazareto en el puerto de Mahón, con el cual se aumentaría el comercio y sería altamente beneficioso para este pueblo; esta proposición fué aprobada por Reales Ordenes. Johnston, en descargo de las acusaciones de que era objeto con respecto a este punto, manifestó por escrito al Rey y su Consejo que el derecho de anclage lo había invertido en la reparación de las casas de la isla de la Cuarentena; sin embargo los empleados de aquella casa declararon, bajo juramento ante los comisionados, que ninguna reparación se había llevado a cabo, sino que, por el contrario, una considerable cantidad de piedra que había sido enviada para la fabricación del Lazareto había sido sacada de allí, con permiso de Mr. Johnston, por su amigo el griego Teodoro Alexiano. Este griego, aunque tildado de mal suejto por la gente, fué nombrado Capitán del puerto de Mahón, a cuyo fin fué relevado de este cargo un oficial inglés, muy querido en la población, causando con ello un perjuicio al público y desobedeciendo anteriores órdenes.

El día 8 de Febrero de 1764 publicó un escrito haciendo saber a los menorquines que S. M. se complacía en confirmarles todos sus derechos y privilegios, pero, en vez de cambiar en su proceder arbitrario, continuó el camino emprendido aumentando el número de arbitrariedades sin ningun respeto a las Ordenes de S. M.; impuso nuevos tributos; permitió monopolios, estancos y otros escesos contrarios a las Reales disposiciones; concedió pasaportes a extranjeros, aunque no tuvieran barcos, haciendo sospechar que tenía un interés personal en ello, ya que al propio tiempo los negaba a los naturales de la Isla, y daba, por fin, preferencia a los comerciantes franceses perjudicando con ello a los súbditos de la Gran Bretaña.

Además Mr. Johnston empleó en los cargos oficiales a personas que antes lo habían sido por el Gobierno francés; procuró reales beneficios para personas indignas y en particular para cierto sujeto que había servido en Paris como Agente contra los corsarios ingleses durante la última guerra. Mr. Johnston recomendó a este Agente francés a la Corte de Londres para el cargo de Abogado Fiscal bajo pretexto de que esta plaza estaba vacante, cuando en realidad no era así, pues el que la desempeñaba había sido *solamente* suspendido por Mr. Blakeney y aun sin causa justificada como se manifestaba en la representación que a favor del interesado se elevó ante S. M. y Consejo en 1756, que no se falló por motivo de la invasión francesa.

También procuró Mr. Johnston un Real Decreto por el que se nombraba Almotacén de la Isla a un griego, despojando de su empleo a un hombre rico que, junto con su padre, había desempeñado el cargo durante muchos años.

Mr. Johnston se atrevió a hacer algunas alteraciones materiales en las costumbres y privilegios sobre Sanidad permitiendo que se hiciera uso de un nuevo sello alterando la leyenda que tenía el primitivo; a su regreso a la Isla ordenó a los Magistrados que en adelante no intervinieran

para nada en asuntos de Sanidad sin su previa autorización, obligándoles a entregar los registros y sellos; designó a un tal Francisco Seguí Sintas, conocido por el Francés, persona que le era adicta, para que se encargara del nuevo sello y del despacho del negociado y ordenó al Secretario de la Universidad que dejara de intervenir en adelante en estos asuntos. Habiendo acudido en queja la Universidad de Mahón al Rey y su Consejo consiguió la promulgación de una orden por la que se restituía a los Magistrados la facultad de encargarse de los asuntos de Sanidad, interín se nombraba una Comisión régia para examinar todo lo concerniente a este asunto.

Tantos actos injuriosos cometidos por Mr. Johnston produjeron en la Isla efectos deplorables; a los comerciantes franceses se les permitió exportar granos y provisiones durante una época de carestía originando el hambre consiguiente que puso en peligro la vida de estos isleños, quienes se vieron obligados a dirigirse, de nuevo, en súplica a la Corte de Londres con el fin de conseguir una reforma.

Mientras se ventilaban en Inglaterra estos asuntos fué llamado Mr. Johnston a la Corte para responder a los cargos que contra él se fulminaban; es evidente que sus respuestas no fueron satisfactorias ya que el Gobierno envió una Comisión a Menorca para estudiar sobre el terreno las causas que había dado origen a la protesta de los menorquines.

Al salir Mr. Johnston de la Isla le sucedió en el mando el General Crawford, caballero íntegro, justiciero y honorable que inmediatamente puso en práctica los medios mas eficaces para corregir tantas irregularidades y devolver a la Isla su estado floreciente; aseguró al pueblo que pondría todo su interés en conseguir del Rey y su Gobierno todas las órdenes que se encaminaran al mejoramiento de Menorca pero, desgraciadamente, estos deseos no pudieron verse realizados porque este Gobernador murió al mes de haber

tomado posesión de su cargo, causando la aflicción de todos los habitantes.

Muerto Crawford, vino a reemplazarle el Coronel Townshend. Fué este caballero muy estimado por el pueblo, por su justo proceder. Con la aprobación de la Corte, y con el regocijo de toda la Isla, empezó la edificación de los tan deseados cuarteles, sin esperar las anualidades de las rentas estancadas sobre el alcohol; si se hubiera podido terminar la obra en estas condiciones se habría librado la Isla de un gran gravamen.

Mientras en la Corte se recibían las quejas de los menorquines contra Johnston y la Comisión regia, nombrada para depurar responsabilidades, permanecía en la Isla, se permitió a Mr. Johnston volver a ella. Se supuso que su regreso había de ocasionar nuevos disgustos y a pesar de haberse procurado por todos los medios evitar que se pusiera en marcha no pudo conseguirse.

Después de su llegada, su gobierno no fué más blando que durante su primera etapa. Desobedeció las RR. OO. de 17 de Julio de 1765 porque no concretaban la fecha en que debía ser destituido. Pidió indulgencia para que se prorrogase su destitución, la que le fué concedida. Esta dilación ocasionó considerables gastos a la Isla.

A los pocos días de haber llegado Mr. Johnston ordenó que se paralizaran las obras de fábrica de los cuarteles a pesar de estar ya levantadas tres partes de los mismos y de haber invertido en ellos más de dos mil libras. Esta paralización fué una gran pérdida para el pueblo y un desengaño para los soldados de S. M., así como muy perjudicial para los edificios ya construídos; rehusó, asimismo, pagar el censo anual que su antecesor había ofrecido a los dueños de los terrenos en que se levantaban los cuarteles; ocasionó a los Magistrados y al pueblo gastos innecesarios y les demostró su resentimiento por las quejas que en su contra habían elevado al Rey y a su Consejo.

Trató de conseguir se le dispensara de entregar el dinero que recibió, procedente del estanque del Aguardiente, pero se supone, con algún fundamento, que esta petición no fué atendida. Si paralizó las obras de edificación de los cuarteles fué sin duda alguna con la esperanza de que la recaudación fuera mayor, y no con el fin de obtener ninguna gracia; no hay fundamento para otra suposición.

En este corto relato no es posible mencionar muchas de sus irregularidades, como la de haber amenazado a Magistrados, Agentes y Diputados entre quienes se cebó particularmente en uno de los Jurados y en un Secretario, fallecidos ambos a la publicación de esta reseña. Decretó, también, la prisión del Secretario de la Comisión alegando que había conculcado su fidelidad como Notario, durante la dominación francesa, cuando, por las circunstancias que se reúnen, está demostrado que su única culpa fué haber sido fiel en las actuaciones contra el Gobernador.

Su gobierno no pudo ser más desagradable a los menorquines; demostró la mayor inquina a las personas mejor reputadas y de más alto linaje en aquellos asuntos de mayor transcendencia.

Las muchas injusticias cometidas en la Isla solamente podían ser rectificadas por las bondades y mercedes de su graciosa Majestad, lo cual era humilde y ardientemente esperado por sus fieles súbditos. Para la gobernación de esta Isla no era el más apropiado un hombre cuyas miras no eran otras que las de acaparar dinero; no se podía tampoco esperar felicidad mientras prevaleciera el ascendiente del Francés. Es bien sabido que el único medio de devolver la tranquilidad a la Isla hubiera sido el de restituir a su primitiva situación a todas las personas adictas a la Corona de Inglaterra.

Los menorquines anhelaban solamente vivir tranquilos y sin manifestaciones hostiles. Mr. Johnston, sin duda, tiene derecho a la defensa como lo tiene de defender a sus con-

fidentes o adictos, siempre que resplandezca la verdad y la justicia; a los menorquines les asiste, también, el mismo derecho.

Mr. Johnston envió un Agente a la Corte de Londres con la misión de conseguir fuera relevado de su cargo el señor Font, Asesor de S. M. en Mahón, cuando llevaba más de treinta años de servicios.

Los naturales y habitantes de Menorca han demostrado en todas ocasiones su afecto al Gobierno de Inglaterra y tratado de soportarlo con gusto. Durante las deliberaciones sobre la posesión de la Isla por Inglaterra, después de la última paz, el General Lambert se encontró sin dinero para sostener a sus soldados; tan pronto fué conocido por estos naturales se le facilitó cuanto necesitaba. Siempre que los Comisarios británicos necesitaron granos, los Magistrados de Mahón se los facilitaron, también, sin interés alguno.

Cuando sufrió Menorca la escasez, fueron tratados los menorquines despiadadamente; recurrieron a Johnston y este rehusó hablar a los Comisarios a su favor, vendiéndoles en cambio particularmente una corta cantidad de trigo en las condiciones más inícuas.

A los menorquines no les gusta vivir bajo un gobierno arbitrario, sino ser tratados como a un pueblo libre, porque además de serlo, sus fueros habían sido garantizados en nombre de la Reina Ana y confirmados por sus reales sucesores. Siempre desearon la continuación de sus libertades a cambio de la ayuda y franca lealtad demostrada a Inglaterra y a pesar de los gravámenes que tenían sus tierras, como el diezmo al año, nunca elevaron una queja sino en ocasiones extremas. Y esperan obtener las deseadas reparaciones.

Los oficiales militares han sido considerados y bien pagados, con la sola obligación de preservar a la Isla de cualquier ataque y defenderla hasta el último trance. Los

menorquines les habían asistido sin recompensa alguna demostrando así su amor y lealtad a la Gran Bretaña; pero a pesar de su buena conducta fueron tratados como a esclavos por el presente Gobernador; ellos esperan de S. M., y no dudan de obtenerlas, las recompensas de un Príncipe cuyo anhelo es hacer felices a sus súbditos.

Veinte oficiales ingleses han regentado la Gobernación de Menorca durante estos últimos cincuenta y cuatro años: todos fueron aceptados por el pueblo, menos tres de ellos

Se elevaron quejas ante el Gobierno contra Mr. Anstruther y se probaron los cargos contra él formulados, siendo condenado a restituir el dinero que malversó.

Los cargos contra Mr. Bakney no llegaron a una conclusión con motivo de la invasión francesa en esta Isla.

Mr. Johnston fué el tercer gobernador contra quien Menorca protestó, pensándose que ejerció su severidad más allá de los otros dos, por lo que se vé que las quejas formuladas en su contra están muy bien fundadas.

Puede ser un buen oficial, pero ha demostrado que es un mal gobernador.



Don Juan Benejám y Vives

1846 — 1922

No conocía yo aún personalmente a don Juan Benejám y ya sentía por él y por su labor copiosa, una intensa simpatía.

Procedía ésta principalmente de la lectura de la «Historia de Menorca» de su malogrado hijo don Juan Benejám y Saura, obra que el joven autor no pudo terminar y que

el padre, sorbiendo amargas lágrimas por la pérdida de su hijo, terminó y publicó en homenaje a la memoria de su amado muerto.

Aquella página en que el veterano maestro, venciendo su dolor, dice que a él le toca proseguir y acabar la obra en que el hijo puso sus ilusiones mozas, es trágica y escalofriante; recuerda las elegías de Juan Alcover y aquella cruz que el gran Pereda puso en uno de sus libros en el párrafo que se hallaba escribiendo en el momento en que sintió el mayor pesar de su existencia.

En Beneján toda su larga vida de magisterio en la escuela, en la revista, en el teatro y en el libro, tenía mucho de paternal. Sentía él una amorosa complacencia en la enseñanza e inquiría todos los medios, todos los procedimientos, para que el alumno hallase placer en estudiar y facilidad en aprender.

Apesar de su cultura y de su talento, Beneján era un niño grande, todo corazón, todo sentimiento; por estas cualidades, por su arrogante figura de noble empaque, por su palabra amable y persuasiva, infundía simpatía y atracción inolvidables.

El respeto que me inspiraba por su enorme labor pedagógica se convirtió en afecto cuando le conocí y traté en los primeros años de la Extensión Universitaria. Y desde entonces, tolerándonos mutuamente las ideas que pudieran separarnos, fuimos entrañables amigos, él benévolo conmigo, yo respetuoso con él, como cumplía a la diferencia de nuestras edades.

Su actividad era inagotable, bastando para demostrarlo la lista de sus producciones. Es sabido que él fué quien publicó en 1877 el mapa de Menorca en 1:44.000 levantado en 1860-61 por el geómetra don Miguel Sorá, mapa que fué el más extendido y consultado hasta que el Depósito de la Guerra editó el plano formado en 1915 por el Estado Mayor en escala de 1:100.000. Agotada la edición del Sorá,

Benejám pensó en repetir el tiraje y para hacerme una consulta topográfica acerca de su plan se presentó en mi casa una mañana de invierno *a las siete*, pidió permiso para entrar en mi alcoba, me despertó y sentándose al lado de mi cama sin permitir que me levantase, me expuso su propósito del que le disuadí por constarme que estaba ya próxima la publicación del mencionado plano. Este detalle indica su actividad y su carácter franco y expedito.

Nació en Ciudadela en 1846 y en 1872 ganó por oposición la escuela nacional de dicha ciudad, consagrando a la enseñanza activa muy cerca de 40 años de labor entusiasta y fructuosa. Recibió frecuentes felicitaciones de las Juntas local y provincial de Instrucción Pública y la Diputación de Baleares le confirió la honrosa representación de la Provincia en el Primer Congreso Nacional Pedagógico celebrado en Madrid.

Benejám para fomentar la cultura de su patria querida utilizó todos los medios que le permitieron sus facultades variadas y envidiables; acudió a la prensa y al libro, a la cátedra y al ejemplo, al teatro y a la tribuna.

Sus obras pedagógicas son numerosas y muchas fueron favorablemente informadas por la Real Academia Española. He aquí los títulos de las que conozco:

«Diálogos morales», «Emanaciones de la Escuela y el Hogar», «Gramática educativa», «Lecturas educativas, 1.º y 2.º grados», «Aurora de la lectura», «Vocabulario menorquín-castellano», «Aritmética», «El lenguaje en acción», «Harmonías científicas», «Las pequeñas historias», «La alegría de la escuela», «Poesías razonadas», «Vulgarizaciones científicas», «La escuela práctica», «La enseñanza viva», «España, sencilla filosofía sobre su historia», «El buen camino, tratadito de educación», «Lectura rápida», «Problemas educativos», «El despertar de la mente», «Primeros conocimientos», «El pueblo ilustrado», «La escuela de párvulos», «La primera enseñanza conforme el espíritu de la pedagogía moderna», «La Tierra».

En la prensa publicó los periódicos siguientes: «El Colegio Ciudadelano», «La Escuela Práctica», «El Porvenir», «El Eco de la Patria», «El Diario de Ciudadela», «El País», «El Buen Amigo» y «La Escuela y el Hogar».

Sus obras teatrales, incluso el popular y gracioso «Foch y fum», fueron de carácter educativo, como «El país de la gramática» (dos actos), «El lazarillo» (dos actos), «La guerra infantil», «Amor y justicia» y «Los pastorcillos».

La obra en que mejor expuso su amor a Ciudadela fué «Ciudadella veyá», en que describe la vida de su ciudad natal en su infancia y en época anterior según los recuerdos recogidos de personas ancianas.

Benejám hablaba con gran soltura y fogosidad. Sus conferencias eran muy agradables e instructivas, habiendo dado algunas en el paraninfo de la Universidad de Barcelona, en el Ateneo de Mahón, en varios salones de Ciudadela y en importantes centros instructivos de la Habana.

Al jubilarse marchó a la capital de Cuba, donde residen algunos de sus hijos; pero el amor a su tierra le hizo volver al poco tiempo. Ciudadela que al verle marchar le tributó un espléndido homenaje de gratitud y afecto, al verle volver le recibió con cariño y le eligió concejal y miembro de su junta local de instrucción pública. Benejám falleció en su ciudad natal el día 27 de febrero del presente año.

En homenaje al bueno y culto menorquín que fué querido y admirado por todo el magisterio español, me permito rogar al Ateneo que procure adquirir todas las obras de Benejám para conservarlas en la sección de autores menorquines y a los Ayuntamientos de Menorca que hagan el pequeño sacrificio de adquirir también las obras que publicó, dedicadas a la infancia, el ilustre pedagogo, para que figuren en las bibliotecas infantiles de las escuelas de esta Isla a la que tanto quiso el inolvidable maestro.

L. Lafuente Vanrell.

JOSE MIGUEL GUARDIA

por

MADELEINE BRUNON GUARDIA

VERSION DE ANTONIO CURSACH

NACIÓ en Alayor (isla de Menorca) el 23 de enero de 1830, de Nicolás Guardia Meliá, doctor en medicina, y de María Bagur, ambos menorquines, el uno de Alayor, la otra de Ciudadela.

La familia Guardia está establecida en la isla desde hace siglos. Alguno de sus ascendientes asistiría probablemente a la conquista del país contra los moros por el rey Alfonso.

Don Nicolás Guardia disfrutaba en la isla de una profunda estimación y de una reputación perfecta. Ninguno de los habitantes de la pequeña villa y de sus inmediaciones dejó de reconocer sus cuidados, tan concienzudos como clarividentes. Era un hombre probo, sinceramente religioso. Había comenzado los estudios de teología, que una inclinación del corazón transformó en estudios de medicina, para desposarse con la joven elegida. Su alta consciencia moral y profesional inspiraba respeto entre la clientela como entre su familia. Esta familia fué numerosa. De doce hijos, varios fallecieron a corta edad; siete sobrevivieron: seis niñas y un sólo varón: el doctor José M. Guardia. Era éste muy vivo, pretencioso, lleno de imaginación, ardiente en el recreo como en el trabajo. Desde sus años más infantiles reveló marcadísimas disposiciones intelectuales. Su padre confióle a un sacerdote, que dirigió sus estudios, en los cuales lo adelantó bastante. La influencia de este sacerdote, nombrado, más tarde, cura de Mercadal (pueblo de

Menorca), fué tal, que su discípulo, en un acceso de entusiasmo místico, se tonsuró un buen día para hacerse monástico. Si hubiera nacido en la edad media el neófito habría conservado su tonsura, trocándose en benedictino. El conservó de entonces todas las cualidades, menos la fe.

De cualquier modo, la tendencia religiosa se esfumó con el tiempo; mas las lecciones del profesor impregnaron el cerebro del alumno, que conservó toda su vida sincero reconocimiento hacia su primer maestro.

Sus progresos se acentuaron a tal punto, que, después de madura reflexión, padre y profesor juzgaron de su deber impulsar al joven Guardia, enviándole a un centro donde hallara medios suficientes para desenvolver sus notables facultades.

Se pensó primeramente con Barcelona, después con Madrid; pero el doctor Nicolás Guardia, que tenía relaciones en Montpellier, decidió matricular su hijo en el Colegio de dicha villa.

Produciendo cruel desgarramiento en su ánimo, los padres se separaron del adolescente. Su madre derramaría muchísimas lágrimas.

¡Tal la pena, tal la fatiga multiplicada de las madres!

Dos años más tarde la pobre moría, joven aún, sin volver a contemplar al hijo querido.

Una breve epístola, en la que la emoción aparece entre las líneas, anunció a José la pérdida irreparable; epístola encontrada dentro de un cuaderno donde él conservaba los papeles más íntimos.

Desde los catorce años José permaneció en Montpellier hasta finalizar sus estudios, residiendo siempre en el Liceo, sin ver a su familia, sin disfrutar, como sus camaradas, la alegría de las vacaciones. Sus recursos no le permitían sufragarse el viaje a Alayor. Un verano, sin embargo, conmovidos por su soledad, los padres de uno de sus amigos le hospedaron en su residencia campestre durante los dos meses de descanso escolar,

Es muy probable que ese amigo sea el mismo que figura junto con Guardia en una daguerrotipia de cuando él era colegial, teniendo dieciseis años.

Cursado el bachillerato, el colegial hízose universitario, inscribiéndose en la facultad de Medicina de Montpellier.

Entonces llegó al frenesí en el trabajo.

Dedicóse a leer y escribir sin descanso, robando horas al sueño, relegando a último término los placeres y distracciones de su edad.

Concurrente asiduo a las bibliotecas, copiaba volúmenes enteros que su bolsa no podía ofrecerle, compulsando, anotando los textos griegos y latinos con la experiencia del archivero.

La pasión por los libros le dominaba: no solamente invertía en ellos sus recursos, sino que se endeudaba en su afán por adquirir las obras que se transformaban en pasto intelectual, indispensable para su espíritu.

Encontró entonces entre sus profesores estímulos y simpatías que otro más hábil habría aprovechado.

Después de sostener brillantemente su tesis, recibió el doctorado y regresó a Menorca, colmando la alegría y el orgullo de su padre, quien aspiraba a recoger el fruto de innúmeros sacrificios, cediendo en vida su puesto al hijo, para disfrutar de merecido descanso. Durante seis meses lo presentó por doquiera a su clientela, siendo José su ayudante en todos los casos profesionales que se presentaron. La multitud acudía al rededor del joven y eminente médico que introducía los métodos de la científica Francia. Mas, la tarea era dura: noche y día estaba obligado a permanecer de pie. Escaseaban las horas para sus anhelados estudios. Los dolientes acaparaban lo mejor de su tiempo. Además, los bravos menorquines parecían estancados, desde varios siglos a los ojos del ardiente republicano, que, a los dieciocho años presenció los acontecimientos del 48 y cuya tesis estaba elaborada con la frenética indignación

causada por el golpe de estado del Dos de Diciembre. Su carácter no podía amoldarse con la mentalidad de sus conterráneos ni menos con las tendencias religiosas de su propio padre.

Un día Guardia declaró a su progenitor que le era imposible continuar ejerciendo una profesión que sofocaba su aspiración al trabajo, paralizaba su espíritu y le ponía en continuo conflicto en lo concerniente a ideas y sentimientos con su familia y con sus compatriotas.

Para evitar disgustos que podían resultar perjudiciales a la clientela y hasta propender a su apartamiento, el doctor Nicolás Guardia, sobreponiéndose a su pesadumbre, rindióse a esas razones, dejándole partir.

Desde tal día, en el hogar del anciano facultativo flotó un rencor que el transcurso de los años no hizo más que acentuar contra ese hijo ingrato, que tan mal reconocía los sacrificios realizados, malogrando repentinamente el porvenir acariciado.

José retornó a Francia, dirigiéndose en seguida a París.

La amistad salvó su aislamiento y atenuó la amargura producida por su repentina determinación; pues los paternales reproches y las lágrimas de sus hermanas, vertidas en la hora de la partida, afligíanle amargamente. El se vinculó efusivamente con un universitario de su edad, Leoncio Gardella, quien bien pronto se radicó en Montauban para ejercer la medicina. Un contacto de pocos meses fué suficiente entre esos dos hombres para engendrar fraternal e inextinguible afecto, testimoniado por una correspondencia de veinticinco años.

Sus almas se descubren en ella, dentro del abandono más completo. Se confían recíprocamente sus intimidades: proyectos, esperanzas, exaltación patriótica, ensueños filosóficos, reformas sociales, incidentes familiares, como, asimismo, ¡ay! sus disgustos, desiluciones, las rebeldías que agitan los espíritus nobles, incrustando sus estigmas.

Cuando el amigo partió para su provincia, Guardia se entregó por completo al estudio, preparándose primeramente para licenciarse en letras, cuyo diploma adquirió con facilidad, dedicándose luego sin descanso ni vacilaciones a la composición de su tesis para optar al doctorado, amasando sus materiales, mientras vivía pobremente con la reducida pensión paternal, aunada al producto de diversos trabajos profesionales y literarios suministrados a casas editoriales. Así es que fué encargado de corregir las pruebas de la Colección de Padres griegos, del abate Abbé Migne. Ese largo trabajo le proporcionó profundo conocimiento de los Padres de la Iglesia, al mismo tiempo que el aprecio y la admiración de numerosos teólogos con quienes contrajo relaciones.

La antítesis entre las opiniones de ese librepensador y sus conocimientos dilatados sobre la Historia de la Iglesia es bien sorprendente.

Desde entonces, durante toda su existencia, cultivó los libros sagrados. En su juventud había aprendido el hebreo y el árabe, para leer los libros en sus fuentes originales. Los Evangelios llegaron a ser su libro de cabecera. Poseía un ejemplar en texto griego, de una impresión tan finísima, que el volúmen entero cabía en el bolsillo. Sentía tal predilección por el libro, que lo llevaba en sus viajes. ¡Cuánta gente, en el ferrocarril, oyéndole musitar sus versículos, lo tomaría por algún jesuíta sin hábitos leyendo su breviario!..... Todo lo concerniente a la historia eclesiástica, concilios, herejías, pontificado, le era familiar: podía dar lecciones entre los más profundos teólogos.

Así transcurrieron algunos años.

El joven hojeaba en las bibliotecas, se nutría en las fuentes, anotaba, publicaba, frecuentando los salones literarios, en los que se complacían en recibir a ese bravo español de tipo oriental, con la ancha frente aureolada con una magnífica cabellera negra enrulada, tinte mate, moda-

les finos, ojos vivaces, con la distinción naturalmente realizada por el brillo de la inteligencia y el ardor del entusiasmo.

Durante ese tiempo el padre se desesperaba, notando, que José se dedicaba a todo, menos a la medicina.

Emociona leer la correspondencia del clínico de las Baleares, lamentándose y recriminando, con buen sentido evidente, pero considerando a la Francia como hornalla infernal y a su hijo como un apóstata.

No concebía ni atinaba a comprender cómo pudo engendrar tal vástago, a sus ojos verdadero monstruo intelectual.

¡La gallina había incubado un águila!.....

Y el hijo, reducido a escasa pensión, se desayunaba casi diariamente con un panecillo y un vaso de leche, vaciando los estantes de los baratillos y enriqueciendo su modesto aposento con volúmenes preciosos, convertidos en otros tantos amigos.

Fué en esta época, 1854 a 1860, que Guardia entró de lleno en relaciones con ese París que contenía tantísimas notabilidades en el mundo literario, filosófico y medical.

Lo frecuentaba satisfecho: estaba en su elemento.

Su originalidad y sus conocimientos, ya difundidos, habían formado a su alrededor sólida reputación, que le franqueaba muchísimas puertas.

Bajo los auspicios de Dubois, secretario perpetuo de la Academia de medicina, fué nombrado vicebibliotecario, después de haber vivido mediante diferentes trabajos poco lucrativos, entre los cuales una plaza de preceptor en una casa pudiente de las más distinguidas, con la cual vinculóse tan estrechamente, que tiempo después contrajo enlace con una jovencita de parentesco tan cercano que él resultó primo político de su discípulo.

El puesto de bibliotecario adjunto, que poseía aún cuando se casó, correspondía a sus gustos, acariciando la espe-

ranza de alcanzar el destino de titular, lo que habríale convenido mucho. Pero, sus trozos de crítica literaria de la historia de la medicina, publicados en diferentes diarios y revistas, y en especial en la *Gazette Médicale*, dirigida por Guerin, e impregnados de excesiva violencia, envuelta en un estilo impecable, le crearon numerosos enemigos. El tenía frases sarcásticas que azotaban al contradictor, cual latigazos que no se olvidan jamás.

Un antiguo académico preguntóle un día con altivez:

—¿Para qué sirve la historia de la medicina?

—Para volvernos modestos.

La respuesta era oportuna, más el veterano no perdonó jamás tan fina ironía.

A su editor, que tardó en enviarle una publicación terminada, presentándole la encuadernación muy sucia, le escribió inmediatamente, diciéndole que había recibido su trabajo sobre la lepra del puerco y que *le sujet commence dès la couverture*.

La carta quedó sin respuesta.

Su erudición crecía continuamente, alcanzando los límites de lo prodigioso. Con su pluma de ave, en su gabinete, tapizado por los libros, los signos se alineaban, apretados y precisos, maravillosamente regulares, sobre las blancas hojas del papel, cual si fueran impresas, sin una rotura, sin una mancha, y el estilo se expandía, admirable por su nitidez, fuerte y límpido: *style de diamant*. Las peculiaridades de su lenguaje resaltaban el vigor de sus críticas. Los vocablos partían bien rectos, sin curvaturas ni declinaciones, cual flecha certeramente lanzada. Y la flecha hundíase tantísimo en el objeto determinado, el corazón del acometido, que éste, al impulso de la herida, crispado de rabia y blasfemando, juraba recurrir a la venganza.

El joven literato, por su pasión excesiva hacia la verdad, por su espíritu luchador, por sus saetas implacables,

par su carencia de medida y parcialidad, se envolvió a sí mismo dentro de una red de enemistades y de enconos que detuvieron y paralizaron sus aspiraciones y proyectos concernientes al porvenir. Los académicos censurados le cerraron las puertas de la biblioteca, de la cual pretendía ser director titular, despojándole, en detrimento de la enseñanza, de la cátedra especial de historia de la medicina, para la cual habíanle designado. Sus trabajos sobre esta materia y sus conocimientos profundos le colocaban en el primer rango. Todos estaban acordes en afirmar que tan solamente él estaba capacitado para cumplir ese cometido.

Una oposición permanente sujetaba la barrera.

Y él jamás pudo franquearla.

Entonces se dedicó a la enseñanza secundaria.

Sus conocimientos filológicos formaban un caudal suficiente para incorporarse al magisterio del colegio de Santa Bárbara, en el que ejerció durante años el cargo de profesor de humanidades. Fué un docente admirable, pletórico de originalidad, pródigo en tesoros científicos entre un auditorio atento, atraído por sus clarísimas explicaciones, adaptadas a los métodos más modernos; y, fustigando la rutina, prestaba vida e interés a las lecciones más sencillas, atendidas con respetuoso silencio, casi con recogimiento. Modeló múltiples intelectualidades entre sus discípulos, quienes, al encontrarle, ya hombres, le solicitaban consejos y consultaban puntos difícilísimos, disfrutando así de nuevo del encanto de su conversación.

¡Su conversación!

Ella fué el placer, no sólo de sus discípulos, sino también de sus amigos. El tuvo durante toda su existencia un pequeño círculo íntimo, en el que se expansionaban con toda tranqueza, en el que se abordaban los temas de mayor complicación, profundizándolos y discutiéndolos con cordial espíritu de independencia y sinceridad, que era el encanto peculiar de la reunión. Política, historia, litera-

tura, medicina, filosofía, religión, entretenían las horas, siempre cortas, de las veladas transcurridas al calor del fuego y de la improvisación en su morada o en la de los amigos. Cuando se atinaba haciendo recaer la conversación sobre asuntos predilectos de Guardia, no había más que dejarle que hablara espontáneamente. De sus labios brotaba entonces un surco inagotable de documentos, anécdotas, cálculos y ensueños, ensueños relativos al porvenir y al perfeccionamiento de la Francia, su patria de adopción, donde se naturalizara el año 1865, y a la unión de los países civilizados y civilizables.

¡La Francia! Sentía pasión por ella. ¿Acaso no le había nutrido con su propia substancia, a la par que a través de su purísimo firmamento respiraba el aura de la Libertad?

Bajo el oropelesco boato del imperio en declinación, sentía hervir los gérmenes de renovamiento y extenderse la amenaza. Cuando estalló el huracán de 1870, fulminando la monarquía nefasta y ocasionando el Eclipse; cuando París sufría bravamente el sitio y el hambre, Guardia, fiel a su cometido, seguía concurriendo al colegio casi vacío. Separado de su esposa y su primogénita, sorprendidas en la campaña e impedidas de entrar con tiempo a la capital, cuidaba al menor, contiguo a la cuna, con solicitudes de abuelita. El profesor Guardia recordó que era médico. Los heridos abundaban. Las enfermedades de toda especie propagábanse en forma sumamente alarmante. Ofreció entonces sus servicios profesionales, compartiendo su actividad entre sus discípulos y los dolientes. Provisto de kepi y brazal, acudía asiduamente, con las ambulancias, al lecho de dolor del soldado, para ofrecerle un remedio y dirigirle una palabra de consuelo, desafiando la nieve y el frío glacial de aquel horrible e infausto invierno, sin arredrarle el bombardeo que arrojaba metralla sobre la Ciudad Heroica. Durante esas peregrinaciones, a través de las calles desoladas, puso a prueba, como en tantas ocasiones,

la bondad de su corazón y la potencia de su cerebro, redactando artículos, plenos de sentimiento e ideales, para *Le Temps*, diario del cual fué colaborador asíduo durante aquellos meses de ruda prueba, en cuyo transcurso Guardia se sintió atacado por una bronquitis crónica, testimonio persistente de aquella época trágica.

Al día siguiente de Sedán, Guardia saludó a la República como el despertar y la redención de la Francia amortecida.

En su candor, entreveía la Edad de Oro, mediante la paz inmediata y la realización de sus aspiraciones.

El curso de los acontecimientos calmó bien pronto su ardor.

Los contratiempos presentáronse en breve y el republicano del 48 sufrió amargas decepciones.

Entretanto pasaron los años tormentosos. Francia comenzó a revivir. Su vigor se renovaba.

La Exposición de 1878 fué el preludio del resurgimiento.

En 1877, abríase una nueva escuela libre en la cual cifrábanse bellas esperanzas; la Escuela Monge. Solicitado su concurso, para ensalzar su esplendor consolidando los cimientos, Guardia abandonó, no sin pesar, la dura labor del colegio de Santa Bárbara, donde él concentrara sus energías, entreviendo, durante algunos años, la posibilidad de realizar sus más caros proyectos. Iba, al fin, a poder aplicar sus métodos de transformación y mejoramiento en la enseñanza secundaria y a recoger el premio de sus trabajos filológicos, con los cuales y en especial con la Gramática Latina (en colaboración), se colocó en primera fila entre los humanistas.

En 1880 expuso magistralmente sus principios en el libro *L'Education dans l'Ecole libre*, fruto de prolongadas meditaciones, resumen de sus doctrinas y reformas a introducir. La empresa era asaz temeraria. Ella repercutió en

las altas esferas. Proviene de pluma tan autorizada, la Escuela Monge estaba, por así decirlo, empeñada en la vía de las transformaciones.

Seguidamente la dirección entrevé múltiples inconvenientes materiales.

Un segundo libro, aparecido al cabo de tres años, *L'Etat enseignant et l'Ecole libre*, fué la mecha que hizo arder la pólvora, suscitando nuevos rencores profesionales, que, unidos a las cuestiones de interés, descargaron de golpe sus dardos contra el profesor eminente, gloria del establecimiento.

Guardia fué destituido.

Sus discípulos protestaron, testimoniando sus sentimientos de indignación al maestro respetable, tan inopinadamente despojado del profesorado. Mas ya era tarde. La Escuela Monge fué incorporada poco después a la universidad, transformándose en liceo oficial, ingresando su personal dirigente y docente en el magisterio nacional.

Su decadencia fué tan rápida como su grandeza.

La injusticia del sino, la malignidad humana, la mezquindad, la necedad del rutinario y el carácter intransigente del reformador cerraron de consuno una vez más a José Guardia el campo de su acción; aceptando él, para atender sus modestas necesidades, un puesto en un colegio municipal, en el que no se enseñaban humanidades.

¡Cuán doloroso era ver a ese hombre eminente, a ese sabio consagrado reducido a profesor de adolescentes destinados al comercio!..... Lógicamente; como, con anterioridad, con otros alumnos, les prodigaba sus afectos y su talento. Especialmente para ellos escribió un libro inédito de filosofía y moral, cuyo compendio, igualmente manuscrito, es el resumen de sus clases.

Diferentes discípulos a quienes formó privadamente en sus estudios superiores, orientándoles hacia el porvenir, le ofrecieron nueva ocasión para prodigar sus luces y sus consejos.

Sus ratos de solaz fueron dedicados a la redacción de una *Historia de la Medicina*, editada en 1884. Después, valiéndose José de activísima correspondencia con literatos catalanes y de cierto número de trabajos bibliográficos de su país de origen, tradujo *Lo Sompni*, de Bernat Metge, editándolo en 1889, con una introducción original repleta de conocimientos lingüísticos, y noticias históricas. Y en el postrer año de su existencia, él resumió sus ideas filosóficas en un libro titulado *Le Médecin*, que fué su testamento, pero que se resiente de la influencia del estado de su salud en declinación, habiendo trabajado Guardia, bien puede afirmarse, hasta el día del momento supremo.

Amistades fidelísimas, entre ellas la de un hombre selecto, el doctor Berrut, cuyo afecto sincero le acompañó hasta junto al sepulcro, rodeáronle en las horas de prueba, dulcificando la amargura del pasado y los sufrimientos de una enfermedad que le arrancó la vida el 19 de julio de 1897, estando en posesión completa de sus facultades intelectuales.

De esta manera se extinguió la existencia de José Guardia, encarnación de la honestidad, cuyas pasiones predilectas fueron el Trabajo y la Verdad. El uno, le proporcionó múltiples juicios honoríficos. La otra fué el escollo en que se estrelló la faz material de su porvenir. Ese balar indómito jamás abdicó ninguna de sus convicciones, explayadas con soberbia desnudez, sin cuidarse de las maquinaciones ni de las mezquindades.

Faltábale la cordura, que la educación familiar le habría proporcionado.

Librado a su propio arbitrio desde la adolescencia, estaba dominado por la fogosidad de su temperamento. Recurriendo a la moderación, habría podido realizar mejor sus ideales, esparciendo el bien en su rededor y alcanzando victorias definitivas sobre los prejuicios de su época. Prescindía del adagio que su padre le repitiera en vano: *No s' agafan sas moscas am vinagre*.

Tal cómo fué, Guardia ha sido una grandiosa y noble figura como médico, filólogo, precursor en la enseñanza, hombre generoso: sabio, apóstol.

Sus innumerables artículos, difundidos en diarios y revistas, abarcan los asuntos más variados, ora en francés o castellano, ora en catalán, lenguaje de su rincón nativo. Aunque no conversara en italiano, alemán ni inglés, poseíalos suficientemente para asimilarse con la lectura de sus obras los conocimientos que encierran. Al estudio del hebreo y del árabe unió los del sánscrito, deseoso de profundizar los libros sagrados de la India. Como helenista y como latinista, no tenía rival: su admirable Gramática Latina encierra proporciones de monumento.

Para no permitir que la putrefacción interna del sepulcro aniquilara cerebro tan fecundo, pleno de ideas equivalentes a tesoros, cuidadosamente lo recogieron sus amigos, depositándolo en el Museo de Antropología. Los misterios de la Naturaleza permanecen todavía demasiado ocultos para que la Ciencia establezca las leyes que diferencian las inteligencias humanas, según la calidad y la conformación de la materia cerebral.

Mas tal traslación es un homenaje al genio fenecido.

Tales son delineadas en sus rasgos primordiales, la personalidad y la biografía de este hombre de bien, de quien, tanto su cuna, las Baleares, como Francia, su patria adoptiva, tienen el derecho indiscutible de enorgullecerse. Cometió errores, pero sin dobleces. La rectitud y rigidez en el sostenimiento de sus principios, su honorabilidad irreprochable, su erudición singular, merecen toda clase de consideraciones.

Rouen, 25 Mayo 1919.

Buenos Aires, 1921.

Constitución de la Universidad de la villa y término de Mahón durante los siglos XVI, XVII y XVIII

Notas extraídas de los libros de Determinaciones del Consejo
de dicha villa por su Cronista-Archivero
D. FRANCISCO HERNÁNDEZ SANZ

SIGLO XVI

1533 — 1534

Sindichs

Mossen Jordi Gomila, ciutada, *de bras major*, *Sindich en cap y Clauari*; Mossen Barthomeu Vidal, *de bras mitjá*; Mossen Johan Lorens, fuster, *de bras menor*.

Consellers de bras major

Pau Serra del Castell; Jacme Scalla; Gil Calderer; Johanot Asquella.

Consellers de bras mitjá

Antoni Totxa; Carreres; Pere Pons de Telati;

Consellers de bras menor

Johan Vguet, majore; Jacme Sagui;

1534 — 1535

Sindichs

Mossen Guillem Gomila, *de bras major*, *Sindich en cap y Clauari*; Mossen Joan Pons de Mosopta, *de bras mitjá*;

Consellers de bras major

Pere Serra; Jacme Espany;

1559 — 1560

Sindichs

Honorable Mossen Joan Pons de Capifort, *de bras major, Clauari*; Honorable Miquel Montanyes;

Consellers de bras major

Pau Serra; Pere Boscha; Miquel Capella; Pere Oliues.

Consellers de bras mitjà

Xhristophol Sintes de Matxani; Joan Pons de Tordonell; Antoni Moll de Mosepta;

Consellers de bras menor

Pau Seguí; Nicholau Saura; Joan Vidal;

1560 — 1561

Sindichs

Magnífich Mossen Pau Serra, *de bras major, Clauari*;...

Consellers de bras major

Domingo Pons; Francesch Moll;

Consellers de bras mitjà

Lorens Pons de Malbuger; Antoni Carreras de Binia-
tap; Joan Oliues de Biniparrell;

Consellers de bras menor

Rafel Llobet; Joan Torner; Melsior Sebater; Joan
Berga.

(Continuará).



Observatorio meteorológico de Mahón. = Latitud geográfica 39° 53' - Longitud al E. de Madrid 7° 57' - Altitud, en metros, 43

Resumen correspondiente al mes de febrero de 1922

Decadas	BARÓMETRO, EN mm y a 0°						TERMÓMETROS CENTÍGRADOS						PSICRÓMETRO		
	Altura media	Oscilación media	Altura máxima	Fecha	Altura mínima	Fecha	Temperatura media	Oscilación media	Temperatura máxima	Fecha	Temperatura mínima	Fecha	Oscilación extrema	Humedad rel. media	Tensión media en milímetros
1. ^a	757.1	2.4	764.0	10	747.6	5	11.0	5.0	19.4	3	5.0	7	14.4	67	—
2. ^a	759.1	0.4	762.5	13	755.3	19	11.5	6.3	16.8	20	6.0	16	10.8	77	—
3. ^a	763.0	3.5	766.7	26	753.6	22	12.5	5.1	18.0	26	8.0	26	10.0	61	—
Mes	759.5	2.1	766.7	26	747.6	5	11.5	5.9	19.4	3	5.0	7	14.4	74	—

Decadas	ANEMÓMETRO										Lluvia total, en milímetros		Lluvia máxima en un día	Evaporación media en milímetros												
	DIRECCIÓN DEL VIENTO		FRECUENCIA DE LOS VIENTOS				FUERZA APROXIMADA				DÍAS DE		DÍAS DE		DÍAS DE											
		N.	NE.	E.	SE.	S.	SO.	O.	NO.	Calma	Brisa	Viento	Viento fuerte	Despejados	Nubosos	Cubiertos	Lluvia	Niebla	Rocio	Escarcha	Nieve	Granizo	Tempestad	Lluvia total, en milímetros	Lluvia máxima en un día	Evaporación media en milímetros
1. ^a	2	»	2	»	»	2	»	»	4	»	6	3	1	4	3	3	3	1	»	»	2	»	»	3.20	3.20	3.1
2. ^a	1	1	2	1	»	3	»	»	2	»	8	2	»	5	3	2	2	1	»	6	»	»	»	2.25	»	1.0
3. ^a	4	»	»	»	»	4	»	»	»	»	5	2	»	4	2	2	2	1	»	6	»	»	»	3.0	»	1.3
Mes	7	1	4	1	»	9	»	»	6	»	19	8	1	13	8	7	7	3	»	12	2	»	»	8.45	3.20	2.0

Mauricio Hernández Ponseti.